

# Aflicción

RUSSELL BANKS

TRADUCCIÓN BENITO GÓMEZ IBÁÑEZ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Affliction*

Copyright © RUSSELL BANKS, 1989  
Publicado por primera vez por HARPER & ROW PUBLISHERS, INC

Primera edición: 2024

Traducción  
© BENITO GÓMEZ IBÁÑEZ

Imagen de portada  
Fotograma de *Affliction*, de PAUL SCHRADER (1997).  
Por cortesía de SCHRADER PRODUCTIONS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C.V., 2024  
América, 109  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Formación  
GRAFIME

Impresión  
COFÁS

ISBN: 978-84-19261-80-9  
Depósito legal: M-32270-2023

Impreso en España

Para Earl Banks (1916-1979)

El gran enigma de la vida humana  
no es el sufrimiento sino la aflicción.  
*El amor de Dios y la aflicción*, SIMONE WEIL

Esta es la historia de la extraña conducta criminal de mi hermano mayor y de su desaparición. Nadie me ha empujado a revelar estas cosas; nadie me ha pedido que no lo haga. Los que lo queríamos simplemente ya no hablamos de Wade, ni entre nosotros ni con nadie. Casi es como si no hubiera existido, como si fuese de otra familia u otro lugar y apenas lo conociéramos y no hubiera por qué hablar de él. De modo que al contar su historia así, como hermano suyo, me alejo voluntariamente de la familia y de todos los que alguna vez lo quisieron.

De todas formas ya estoy apartado de ellos en muchos aspectos, porque si bien todos nos avergonzamos de Wade y nos sentimos ofuscados por la ira —mi hermana, su marido y sus hijos, la exmujer de Wade y su hija, su novia y unos cuantos amigos—, los demás están abochornados e indignados de un modo distinto al mío. La vergüenza los desalienta, los aturde, como debe ser: son buenas personas, a pesar de todo, y al fin y al cabo Wade es uno de ellos; y la indignación los confunde. Quizá por ello no me hayan pedido que guarde silencio. Yo no estoy angustiado ni confuso: como Wade, he sentido vergüenza y rabia prácticamente desde que nací, y estoy acostumbrado a mantener con el mundo esas dos relaciones oblicuas. Por eso, de entre quienes lo quisieron, estoy especialmente capacitado para contar su historia.

Aun así, sé cómo piensan los demás. En secreto esperan haber entendido mal la historia de Wade y que yo la haya comprendido mejor o que al menos la cuente de forma que todos nos liberemos de la vergüenza y la rabia y de nuevo podamos hablar con afecto, durante la cena o un viaje largo, de nuestro

hermano, marido, padre, amante, amigo; o preguntarnos de noche en la cama dónde estará ahora el pobrecillo, antes de quedarnos dormidos.

Eso no ocurrirá. Sin embargo, la contaré por ellos; para los demás, pero también para mí. Lo que quieren, a través de la narración, es recuperarlo; yo solo aspiro a liberarme de él. Su historia es el fantasma de mi vida y quiero exorcizarlo.

En cuanto al perdón, hay que hablar de ello, supongo, pero ¿quién de nosotros podrá ofrecerlo? Ni siquiera yo, a esta considerable distancia de los crímenes y el dolor. Perdonar a alguien significa que ya no hay que protegerse de él, y nosotros tendremos que protegernos de Wade mientras nos quede un hálito de vida. Además, ya es demasiado tarde para que el perdón pueda servirle de algo. Wade Whitehouse ha desaparecido. Y estoy convencido de que nunca volveremos a verlo.

Lo más importante —es decir, todo lo que da origen a la narración de esta historia— ocurrió durante una sola temporada de caza mayor en un pueblo pequeño, un villorrio, situado en un valle oscuro y boscoso al norte de New Hampshire, donde Wade nació y creció, igual que yo, y donde la mayor parte de la familia Whitehouse ha vivido durante cinco generaciones. Piensen en un cuento de hadas alemán de la Edad Media. Imaginen un racimo de casas viejas y nuevas, pero sobre todo viejas, un río que cruza, prados y altos árboles en los montes. El pueblo se llama Lawford y está a unos doscientos veinte kilómetros al norte de donde vivo ahora.

Aquel otoño Wade había cumplido cuarenta y un años y no andaba nada bien; en el pueblo todos lo sabían, pero a nadie le preocupaba especialmente. En los pueblos se ven ir y venir las crisis de la gente, y se aprende a esperar a que se disipen por sí solas: en su mayor parte las personas no cambian, sobre todo vistas de cerca; simplemente se vuelven más complejas.

Por tanto, todos los que conocían a Wade esperaban que se le pasara la melancolía, la racha alcohólica, la estúpida

beligerancia. La crisis era un nítido bajorrelieve de su carácter. Incluso yo, que vivía muy al sur, a las afueras de Boston, confiaba en que se le pasase. Para mí era fácil. Tengo diez años menos que Wade y me alejé de la familia y de Lawford al terminar el instituto; en realidad hui de ellos, aunque a veces parezca que los abandoné. Fui el primero de la familia en ir a la universidad, llegué a ser profesor de enseñanza media y me convertí en una persona meticulosa, apegada a la rutina. Durante muchos años consideré a Wade un alcohólico triste, agresivo y estúpido, como nuestro padre, pero ahora que había cumplido los cuarenta sin suicidarse ni matar a nadie, yo esperaba que llegase a los cincuenta, los sesenta e incluso los setenta, igual que nuestro padre, de manera que no me inquietaba por él.

Aunque aquel otoño me visitó dos veces y solía hacerme largas llamadas telefónicas varias veces por semana después de pasarse horas bebiendo y ahuyentado a todos los que lo rodeaban, no me dio motivos más concretos para preocuparme. Escuché con pasividad sus confusas invectivas contra su exmujer, Lillian, sus lastimeras declaraciones de amor por su hija Jill y sus amenazas de infligir serios daños físicos a muchos de los que vivían y trabajaban con él, personas a quienes tenía obligación de proteger en su calidad de policía municipal. Preocupado por las minucias de mi propia vida, yo lo escuchaba como quien ve un aburrido culebrón y está demasiado absorto o distraído con los pormenores de su existencia como para levantarse a cambiar de canal.

Se le pasará, pensaba yo, igual que el dolor de su divorcio y el nuevo matrimonio de Lillian, seguido de su marcha del pueblo con Jill. Yo calculaba que se le pasaría al cabo de seis meses. Entonces ya habrían pasado tres años del divorcio, dos años del traslado de Lillian a Concord, al sur, y ya estaría bien entrada la primavera: la nieve fundida corriendo ladera abajo, los lagos liberándose del hielo, la luz resistiendo hasta el anochecer. A lo mejor se enamoraba de otra, pensaba yo. Había una mujer del pueblo, una tal Margie Fogg, con quien se

acostaba de cuando en cuando, según decía, y de la que casi siempre hablaba en términos afectuosos. Pensé que, en cualquier caso, Jill se haría mayor algún día. Muchas veces los hijos crecen antes que los padres, obligándolos a madurar. Aunque no tengo hijos y no estoy casado, lo sé.

Pero una noche algo cambió, y desde entonces mi relación con la historia de Wade ya no fue la misma, la que había mantenido desde la infancia. Aquella noche la deliberada indiferencia fue sustituida por otra emoción. ¿Simpatía? Algo más, creo, y algo menos. Empatía. Peligroso sentimiento para ambas partes.

Lo situó en el cambio que le noté cuando me llamó por teléfono una noche alrededor de Halloween. Debía de ser el 1 o el 2 de noviembre. En medio de una de sus interminables lamentaciones dijo algo que nunca le había oído, y por un momento me pregunté si no había comprendido bien a mi hermano. A lo mejor lo había juzgado mal y después de todo no fuera tan previsible; su carácter quizá no tenía nada que ver con el agravamiento de la situación, ambas cosas podían ser completamente independientes o estar a punto de diferenciarse por la magnitud de la crisis; mi hermano tal vez fuese tan real como yo, un hombre cuyo carácter podía entenderse como yo entendía el mío: proceso, flujo, cambio. Para mí era una idea nueva, y nada bien acogida. No me explicaba de dónde procedía, a menos que viniera del simple peso acumulado de la familiaridad; porque sin darme cuenta se había alterado un equilibrio sutil, como en medio de un sueño, y de pronto ya no contemplaba distraídamente la confusa y penosa vida de mi hermano, sino que prácticamente me encontraba inmerso en ella. Y yo despreciaba la vida de Wade. Me permito repetirlo. Yo despreciaba la vida de Wade. Hui de la familia y del pueblo de Lawford cuando era poco más que un muchacho para no tener que llevar aquella vida. Esa es solo una de las cosas que nos distinguen a Wade y a mí, pero constituye una enorme diferencia.

Wade me presentaba la queja del exmarido sobre la infinita capacidad de la exmujer para la crueldad, el resultado de alguna humillación menor de unas noches antes. No lo entendí del todo y tampoco le pedí aclaraciones, pero de pronto noté un cambio en el tono, registro y timbre de su voz, muy tenue para ser percibido en circunstancias normales, pero en cierto modo suficiente para que me sentara bien en la silla y lo escuchara con interés, para que concentrara mi atención dispersa, y en vez de considerar su vida simplemente como una parte menor de la mía, vi, para variar, al hombre en su propia circunstancia. Era como si su relato ampliara y esclareciera mi propia historia: aunque peor y considerablemente distinto de mis jaquecas periódicas, el persistente dolor de muelas del que se había quejado al principio de la conversación se convirtió de pronto en un eco importuno, y sus dificultades económicas, si bien descritas en la práctica con un lenguaje diferente del que yo uso, concordaban angustiosamente con las mías, mientras que sus actuales problemas con mujeres, padres, amigos y enemigos, versiones grotescamente inversas de los míos, daban a mis conflictos una penosa articulación.

Al describir los acontecimientos de la víspera de Halloween, empezó comentando el tiempo que hacía aquella noche, más fresca de lo habitual, varios grados bajo cero, más fría que la teta de una bruja, según dijo, esa primera noche que avisa de que ya está aquí el invierno y no se puede hacer nada porque ya es demasiado tarde, otra puñetera vez, para largarse al Sur. Uno sacude la cabeza, la agacha y se resigna.

Pero el cambio, por supuesto, la alteración, bien podría haberse producido en mí y no en Wade. Empleaba las mismas palabras de siempre, los mismos clichés y expresiones extrañamente ponderados; mostraba el mismo estoicismo fatigado que había adoptado desde la adolescencia; a todos los efectos era el mismo de siempre, pero yo le noté algo distinto. En cierto momento su historia no me interesaba lo más mínimo; pero al siguiente cobraba importancia en todos los sentidos. Yo estaba allí, con la mente y los ojos fijos en la televisión,

viendo un partido de los Boston Celtics con el volumen apagado, y de pronto vi el centro de Lawford en la víspera de Halloween.

Lo que no me resulta difícil: en los quince años transcurridos desde la última vez que pasé Halloween allí, es decir, desde mi época del instituto, el pueblo no ha sufrido grandes cambios. En cincuenta años no ha cambiado mucho. Pero visualizar el lugar, transportarme allí con el recuerdo o la imaginación, no es algo que me encante. Lo evito cuidadosamente. Para ello tendrían que tenderme una trampa o hacerme algún conjuro. Lawford es uno de esos pueblos de los que la gente se va y no vuelve. Y lo que es peor, para hacer más difícil la vuelta, aun cuando se quisiera volver —lo que desde luego *nadie* que se haya marchado de allí en este medio siglo tiene intención de hacer—, los que se han quedado siguen apegados como lapas a los fragmentados restos de los ritos sociales que antaño conferían un sentido a su vida: les encantan los regalos de novia, las bodas, los cumpleaños, los entierros, las vacaciones, las fiestas nacionales e incluso las jornadas electorales. Y también Halloween. Una fiesta ridícula: ¿para qué, para quién es? No tiene absolutamente nada que ver con la vida moderna.

Pero Lawford tampoco tiene nada que ver con la vida moderna. Hay una especie de deliberado conservadurismo que ayuda a la población restante a superar el abandono de varias generaciones de sus hijos más dotados e interesantes. Los que se quedan se sienten incapaces, insuficientes, estúpidos e ineptos: parece que todos los que poseen inteligencia y ambiciones, todos los capaces de vivir en el ancho mundo, se han marchado. De modo que en la familia, en la comunidad en su conjunto, ya incapacitada para agrupar y organizar a los individuos dotándolos de una identidad válida, la observancia de las ceremonias casi olvidadas y mal recordadas de épocas pasadas es algo fundamental. Halloween, por ejemplo. Los ritos afirman la existencia de un pueblo, pero en un sentido falso. Y esa falsedad es lo que más nos agravia a quienes nos marchamos. Precisamente por haber escapado en tan gran número,

sabemos mejor que nadie que los que no quisieron o no pudieron marcharse ya no existen como familia, ni como tribu ni como comunidad. Ya no son un pueblo, si es que alguna vez lo fueron. Por eso nos marchamos y por eso nos mostramos tan reacios a volver, aun de visita, y sobre todo en vacaciones. ¡Cuánto aborrecemos volver a casa en vacaciones! Para eso hemos de sentirnos obligados por la culpa o engañados: no por nosotros mismos, sino por la cultura sentimental, que es más amplia. Yo enseño historia; reflexiono sobre esas cosas.

Wade, medio borracho como de costumbre, me llamaba desde su remolque azotado por el viento a orillas del lago, allá en Lawford, y mientras él divagaba yo imaginaba el pueblo, la gente de la que hablaba, las montañas y valles, los bosques y riachuelos por los que pasaba en coche todas las noches de vuelta a casa y otra vez por las mañanas de camino al trabajo, el bar donde paraba a desayunar, la empresa de perforación de pozos en la que trabajaba, el ayuntamiento donde ejercía de jefe de policía a tiempo parcial: me imaginaba el escenario donde se había desarrollado la vida de mi hermano dos noches atrás, cuando ocurrieron los hechos que me estaba describiendo.

El aire era seco y el cielo relucía como cristal oscuro, con cintas y franjas de estrellas por todos lados y la sonrisa de una luna creciente al sudeste. Recuerdo esas frías noches de otoño, con el olor de las primeras nieves en el aire. En la ladera de la colina, entre los abetos que ascienden hacia la cresta oriental del valle y el extenso prado amarillento que baja hasta el río, un escuálido bosquecillo de abedules cuelga como un breve intervalo poroso. Abajo, el río es estrecho, fragoroso y salpicado de rocas, con una morrena poblada de árboles en una orilla y una carretera de dos direcciones a lo largo de la otra. Ese es el pueblo donde me crie.

Hay una hilera de casas grandes, blancas casi todas, que dan a la carretera por el este. Pálidas cuñas de luz abren paso a los coches que circulan en dirección norte y sur. Algunos se detienen en el centro del pueblo, donde hay tres iglesias con altos campanarios, una plaza, un campo de béisbol y un

edificio de dos pisos con fachada de madera, que es el ayuntamiento; otros aparcan delante de alguna casa mientras reducidos grupos de oscuras y pequeñas siluetas se disgregan y confunden a lo largo de la cuneta y entran y salen de las mismas casas frente a las que paran los coches.

Imaginen conmigo cómo, en esa víspera de Halloween, por el monte oriental del pueblo todo estaba quieto, silencioso y muy oscuro. El viento había cesado, como reuniendo fuerzas para la tormenta, y de las casas de abajo ni siquiera llegaba el ladrido de un perro guardián. La luna acababa de ocultarse tras el oscuro cerro coronado de abetos. De pronto, entre los abedules, una pandilla de chicos, cinco o seis siluetas menudas y oscuras, salieron corriendo de la espesura. Su aliento flotaba tras ellos en blancas nubecillas mientras se precipitaban cuesta abajo como una manada de perros asilvestrados hacia el desigual terreno del prado, introduciéndose con sigilo en el limpio patio de una pulcra casa blanca estilo Cape Cod, con establo y cobertizos anexos al otro extremo, y allí, como si al fin atisbaran su presa, doblaron la esquina de la cuadra y se precipitaron hacia la entrada de la casa.

Llevaban gorros de lana y chaquetones de vivos colores, y tenían entre diez y doce años. Hace veinte yo podría haber sido uno de ellos, o hace treinta el propio Wade. En fila india pasaron disimuladamente por la fachada de la casa que daba a Main Street, agachándose al pasar bajo las ventanas y rodeando el único pino del jardín. Al llegar al porche se agruparon y fueron derechos a los escalones de la entrada, donde se apoderaron de dos grandes calabazas iluminadas que alguien había colocado allí.

Levantaron la tapa con resolución y cautela, como liberando algún espíritu aprisionado, y por un momento sus menudos rostros se transformaron, cobrando un matiz anaranjado y feroz. De un soplo apagaron las velas y volvieron corriendo a la oscuridad con las calabazas sin luz, sonriéndose mutuamente de miedo y placer, como si hubieran robado la oca favorita de un gigante.